

Silencio y encuentro para ser palabra

Carmen Azaustre Serrano

Directora de la Revista Crítica

Quiero agradecer a la Delegación diocesana de Apostolado Seglar la propuesta para participar en esta sesión del VII Seminario de Estudios Laicales del que he sido escuchante activa en todos estos años. Y tengo que confesar que al principio el tema Secularización en el interior de la Iglesia no me atrajo mucho ¿Qué podía yo decir? Pero ahora les tengo que decir que esa propuesta me ha hecho documentarme, leer, reflexionar y me ha inspirado lo que va a ser mi comunicación de esta tarde que lleva el título de *Silencio y encuentro para ser palabra*.

Mi reflexión va a constar de una introducción y cuatro partes: silencio, contemplación, encuentro y anuncio. Y paso brevemente a la introducción:

Tuve la tentación de adentrarme en el concepto de secularización y de las diversas acepciones que la historia le ha otorgado. Hay una entrevista muy interesante del Cardenal Julián Herranz, del año 2010, en la que hace una firme distinción entre los términos secularización y secularismo dice:

Vale la pena distinguir entre secularidad y secularización o secularismo. Es un hecho positivo que en los últimos siglos se haya producido una toma de conciencia de la legítima autonomía de las realidades seculares, terrenas, claramente reconocida de modo especial por el Concilio Vaticano II. Un aspecto de esta realidad es lo que hoy llamamos laicidad positiva y superación de viejos clericalismos. Otra cosa es el secularismo que desea una humanidad sin su fundamento más radical que es Dios, un humanismo ateo, que se revela un drama, como bien expuso Henri De Lubac. En esa línea se mueven los sectores deseosos de imponer como ideología políticamente correcta el fundamentalismo laicista, un dogmatismo ateo contrario a la auténtica laicidad, que en cambio reconoce en la religión un factor cultural y social que respetar y aun promover.

Pero este deseo fue solo tentación ya que el excelente libro de Luis González de Carvajal, *Cristianismo y secularización*, ya lo ha abordado con una claridad absoluta y está a disposición de quienes deseen entrar en este tema. Pero, aunque no tratemos esta cuestión, sí, me parece necesario ser conscientes de que cuando hablamos de secularización en el interior de la Iglesia, de los cinco significados que él ofrece del término:

1. Secularización como sinónimo de eclipse de lo sagrado.
2. Secularización como sinónimo de autonomía de lo profano.

3. Secularización como sinónimo de privatización de la religión.
4. Secularización como sinónimo de retroceso de las creencias y prácticas religiosas
5. Secularización como mundanización de las Iglesias mismas.

Partiré en mi reflexión de los dos últimos sentidos que González Carvajal nos ofrece. Entro en la primera parte y creo que ante el panorama del mundo en el que vivimos, somos parte de ese mundo, traigo aquí la reflexión del Vaticano II, la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* sobre la Iglesia y el mundo actual:

Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo.

Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. La comunidad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del padre y han recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos. La iglesia por ello se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia

Si estas palabras eran firmadas por Pablo VI el 7 de diciembre de 1965, ¿qué nos ha pasado como creyentes para que de nuevo otro Papa en el segundo milenio nos vuelva a decir que es necesaria la alegría para acometer la tarea de proclamar el evangelio?

El papa Francisco esboza una serie de rasgos de este mundo moderno en el que vivimos: El gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada. Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacios para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien. Los creyentes también corren ese riesgo, cierto y permanente. Muchos caen en él y se convierten en seres resentidos, quejosos, sin vida. Esa no es la opción de una vida digna y plena, ese no es el deseo de Dios para nosotros, esa no es la vida en el Espíritu que brota del corazón de Cristo resucitado.

El papa Francisco hace una descripción de los males que nos afectan, consumismo, tristeza, individualismo, ceguera y falta de apertura a los necesitados, sordera a la voz de Dios, falta de entusiasmo, etc., a los que contrapone la alegría del encuentro con Cristo resucitado.

Silencio

Efectivamente vivimos en un mundo lleno de instantaneidad, de rapidez, de falta de profundidad, de continuo ruido, un mundo definido por el sociólogo Zygmunt Bauman como líquido. Su muerte el pasado 9 de enero ha reavivado la polémica sobre el análisis que hace del mismo.

Un análisis que retoma Leandro Sequeiros en la revista virtual *Tendencias 21* de la Universidad Pontificia de Comillas y en la expresión de algunas características de la metáfora de la liquidez

La metáfora de la liquidez –propuesta por Bauman– intenta también dar cuenta de la precariedad de los vínculos humanos en una sociedad individualista y privatizada, marcada por el carácter transitorio y volátil de sus relaciones y por unos principios éticos inciertos. El amor se hace flotante, sin responsabilidad hacia el otro, y se reduce al vínculo sin rostro que ofrece la

realidad virtual. Surfeamos en las olas de una sociedad líquida que puede licuar incluso a las religiones”

Sequeiros alude a un interesante ensayo publicado por Mónica Redondo, en el que se apuntan cinco claves para entender lo que está pasando en el mundo:

1. Ruptura con las instituciones y las estructuras fijadas. Individualismo y forma de vida cambiante y efímera.
2. Temporalidad e inestabilidad, carencia de estados sólidos. Todo tiene fecha de caducidad.
3. El concepto de amor líquido. Sucesión de nuevos comienzos con breves e indoloros finales.
4. Ciudadanos del mundo. Sin ataduras un escenario que invita al flujo, al movimiento, a la búsqueda de nuevas experiencias, pero sin echar raíces.
5. No más trabajos para toda la vida.

Todo envuelto en un afán consumista. En la realidad líquida, lo importante no es conservar los objetos, sino renovarlos continuamente y la necesidad de relacionarse choca frontalmente con la falta de compromiso y el miedo a perder la libertad.

Hasta aquí, algunas de las características de este mundo líquido. Un mundo en el que vivimos y en el que la iglesia se mueve. Por eso frente al ruido y el continuo movimiento necesitamos detenernos, hacer silencio y contemplarlo para conocerlo y amarlo.

Hay un cuento de Wenceslao Fernández Flores que lo cita González de Carvajal en su libro y que invito a leer porque es muy revelador del concepto que podemos tener de Dios y su relación con el mundo. Amar el mundo que ha hecho Dios y amarlo para cambiarlo y ajustarlo a su Espíritu, pero para ello, antes hay que hacer silencio.

Dice José Antonio Pagola en un sugerente libro *Anunciar hoy a Dios como buena noticia*:

La ausencia del silencio ante Dios, la falta de escucha interior, el descuido del Espíritu, están llevando a la Iglesia a una mediocridad espiritual generalizada (...) Vivimos una mediocridad que generamos entre todos por nuestra forma empobrecida de vivir el misterio cristiano (...) se realizan mejor los Ritos externos y se pronuncian las palabras en forma inteligible, pero a veces todo parece acontecer fuera de las personas. Se canta con los labios, pero el corazón está ausente; se oye la lectura, pero no se escucha la voz de Dios; se responde puntualmente al que preside, pero no se levanta el corazón para la alabanza; se recibe la comunión, pero no se produce comunicación viva con el Señor.

El silencio será la condición indispensable para quedarnos a solas ante Dios y escucharlo. “el misterio de Dios es una experiencia que cada uno hemos de vivir en el silencio de nuestro corazón” (Pagola, 2016, 192).

Ahí nos conoceremos a nosotros mismos, nuestra pequeñez, nuestro vacío, pero al mismo podremos hacernos conscientes del amor inmenso que Dios nos tiene. Dios es presencia permanente que está con nosotros siempre. Dios es un Dios fiel que nos ama entrañablemente, “Bueno es el Señor para el que espera en Él y lo busca. Es bueno esperar en silencio la salvación del Señor (Lamentaciones 3, 22-26) .

Así desde este silencio aprendemos a amar el mundo y los hermanos. Un silencio que, desde la contemplación nos conduce al encuentro.

Contemplación

Parto aquí del Cántico de San Juan de la Cruz:

Oh cristalina fuente
Si en esos tus semblantes plateados,
Formaras de repente los ojos deseados
Que tengo en mis entrañas dibujados.

Porque es en la contemplación donde esa palabra de Dios que es Jesús para nosotros irá rehaciendo en nosotros un perfil interior, el de Cristo.

Decía san Pedro Poveda:

He aquí mi preocupación constante, y ahí van dirigidos todos mis consejos: a que Cristo se forme en vosotras, a que representéis a Cristo, a que seáis, en suma, verdaderas cristianas pues la imitación de Cristo es la definición del cristianismo.

Y cuando alude a la persecución que sufren los cristianos, sigue:

¿No acontecerá también que nuestras deficiencias, las inexactitudes con que imitamos aquellos divinos ejemplos, la falta de fidelidad al reproducir el original, la mixtificación que hacemos de sus enseñanzas...sean las causas de tales desprecios?

Sí, la contemplación será un camino de encuentro para poner a Dios en el corazón, es el secreto del testigo y así lo dice en los Consejos a sus primeras colaboradoras en la naciente Institución Teresiana:

Vuestro primer cuidado será poner a Dios en el corazón de vuestras alumnas. Habréis llegado al fin, cuando Dios se manifieste en todos los pensamientos, deseos, palabras y obras de vuestras discípulas (...).¿Qué haréis lo primero, poseerlo vosotras; lo segundo; mostrarlo en todas vuestras acciones; lo tercero, enseñarles el secreto de vuestra felicidad.

¿No será esta también la condición de todo testigo allí donde nos encontremos?

Contemplación, mística, pero una mística de ojos abiertos, como lo expresaba el teólogo Metz que nos abre ante los otros, especialmente ante los que sufren.

Encuentro

La contemplación propicia el encuentro con el rostro de Dios que es Jesús, con su palabra que es Jesús. “Saberse amado confirma nuestro ser...Nos libera de la soledad, del miedo, de la destrucción:

“Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación? ¿La angustia? ¿la persecución? ¿el hambre? ¿La desnudez? ¿Los peligros? ¿La espada? En todo esto salimos vencedores gracias a aquel que nos amó: Pues estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo futuro, ni las potestades, ni la altura, ni la profundidad, ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro (Romanos 8, 35-39)

Este amor va creciendo en una relación de amistad, qué otra cosa es la oración sino tratar de amistad con Aquel que sabemos nos ama, decía Teresa de Jesús y ahí encontramos la fuerza para ser testigos y asumir el envío.

Envío

Más que nunca, hoy, es necesario ser testigos de aquello que hemos visto y oído. Testigos arraigados en la vida, en ese presente fugaz, ruidoso, inconstante, generoso y egoísta, individual y comunitario. El creyente no busca tampoco-menos aún-ser original, llamar la atención o impactar. Sencillamente vive su experiencia, atrapado por el amor incondicional de Dios y trata de serle fiel.; solo a veces tiene ocasión de comunicar el secreto de su vida, el secreto de felicidad, como decía Poveda. El verdadero testimonio se da como de paso, como añadidura, algo que la persona va irradiando con su manera de ser, de vivir, creer y, sobre todo, amar.

No pretende convertir a otros; vive convirtiéndose él; no trata de salvar a los demás, vive su propia experiencia de salvación.

Así lo decía san Pedro Poveda:

Los hombres de Dios y las mujeres de Dios son inconfundibles. No se distinguen porque sean brillantes, ni porque deslumbren, ni por su fortaleza humana, sino por los frutos santos, por aquello que sentían los apóstoles en el camino de Emaús cuando iban en compañía de Cristo resucitado a quien no conocían, pero sentían los efectos de su presencia.

Y ya para concluir, decía el título de mi exposición, silencio y encuentro para ser palabra. Una palabra que en el testigo se identifica con la vida, pero además de la vida, tenemos que estar siempre dispuestos, como nos dice el apóstol Pedro, a dar respuesta a todo el que os pida razón de la esperanza que hay en vosotros, pero continúa él, con dulzura y respeto. Es decir, a dar razón de la experiencia que ilumina nuestra vida (Pagola, 2016, 165).

Creo sinceramente que ese es el secreto del envío. Dar razón de nuestra esperanza allá donde estemos, porque tenemos grabados en nuestro interior los ojos deseados.

